

bre como Vd. más entendido y experto. Hoy han llegado a pedir empleo los antiguos empleados de Pérez y C.\*; estos pobres hombres tienen la soga al cuello: creyeron quebrar sacando toda ganancia y ahora están por caer algunos años en la cárcel. La furia de los acreedores de estos pobres diablos se ha descargado en tal forma que los intereses que les cobran los van a arruinar por completo. Agregue Ud. que el abogado es un otro pobre diablo, lleno de palabras, de citas y embustes; y estos hombres creen tener, por su palabrería, la primera fuerza del foro. Yo acepté 4 de aquellos empleados y les exigí toda clase de recomendaciones: los otros tres, para qué le hablo de gente de tan poco criterio.

Espero que su vuelta no se retarde. Suyo, su amigo.

DIEGO PORTALES.

V.—Vea en ésa lo que pueda sernos útil. Escribo de toda prisa para que mañana llegue ésta a Ud.

\* [5] — Lima, Marzo de 1822.

Señor José M. Cea.

Mi querido Cea: Los periódicos traen agradables noticias para la marcha de la revolución de toda América. Parece algo confirmado que los Estados Unidos reconocen la independencia americana. Aunque no he hablado con nadie sobre este particular, voy a darle mi opinión. El Presidente de la Federación de N. A., Mr. Monroe, ha dicho: «se reconoce que la América es para éstos». ¡Cuidado con salir de una dominación para caer en otra! Hay que desconfiar de esos señores que muy bien aprueban la obra de nuestros campeones de liberación, sin habernos ayudado en nada: he aquí la causa de mi temor. ¿Por qué ese afán de Estados Unidos en acreditar Ministros, delegados y en reconocer la independencia de América, sin molestarse ellos en nada? ¡Vaya un sistema curioso, mi amigo!

Yo creo que todo esto obedece a un plan combinado de antemano; y ese sería así: hacer la conquista de América, no por las armas, sino por la influencia en toda esfera. Esto sucederá, tal vez hoy no; pero mañana sí. No conviene dejarse halagar por estos dulces que los niños suelen comer con gusto, sin cuidarse de un envenenamiento. A mí las cosas políticas no me interesan, pero como buen ciudadano puedo opinar con toda libertad y aún censurar los actos del Gobierno. La *Democracia*, que tanto pregonan los ilusos, es un absurdo en los países como los americanos, llenos de vicios y donde los ciudadanos carecen de toda virtud, como es necesario para establecer una verdadera *República*. La *Monarquía* no es tampoco el ideal americano: salimos de una terrible para volver a otra y ¿qué ganamos? La *República* es el sistema que hay que adoptar; ¿pero sabe cómo yo la entiendo para estos países? Un Gobierno fuerte, centralizador, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo, y así enderezar a los ciudadanos por el camino del orden y de las virtudes. Cuando se hayan moralizado, venga el Gobierno completamente liberal, libre y lleno de ideales, donde tengan parte todos los ciudadanos. Esto es lo que yo pienso y todo hombre de mediano criterio pensará igual (1).

---

(1) Es bien sabido que la frase *América para los americanos* en que el consenso universal ha sintetizado la doctrina Monroe, no figura en el mensaje de 2 de Diciembre de 1823 al Congreso Federal, en que fué ésta enunciada oficialmente. Tampoco figura en los documentos anteriores de la época emanados del Gobierno de la Unión, ni fué ella pronunciada en el Parlamento. Lo que hace presumir que es sólo la expresión popular en que cristalizó el concepto de la política de los Estados Unidos ante las actividades de la Santa Alianza con relación a las colonias españolas de América, que luchaban por su independencia.

Por lo demás, la frase, en sus términos genéricos, era vieja de tres siglos. Desde los tiempos del autor de *El Príncipe* se decía *Italia para los italianos*. Y llegó a constituir más tarde, el programa común a todos los partidos políticos en la tierra de Saturno.

Pero lo que singularmente hace meditar al leer esta carta de Portales es su clara visión a través del tiempo y el espacio, de lo que se ha llamado *el peligro yankee*, y que Rodó estudiara cien años después en páginas henchidas de hidalguía y de verdad.

En cuanto a las ideas gubernamentales contenidas en esa carta, preferimos entregar la pluma al señor don Alberto Edwards, erudito historiador de los partidos políticos de Chile.

¿Qué hay sobre las mercaderías de que me habló en su última? Yo creo que conviene comprarlas, porque se hacen aquí constantes pedidos. Incluyo en ésta una carta para mi padre, que mandará en el primer buque que vaya a Valparaíso.  
Soy de Vd. su obediente servidor.

DIEGO PORTALES.

Newman está enfermo, pero sigue mejor.

6.—*Lima, Marzo 7 de 1822.*

Señor J. M. Cea.

Mi querido Cea:

Las dificultades aumentan cada día. Hace más de 7, Newman está en Chorrillos, curándose de la fractura de que informé a Ud. en mi anterior. El pobre hombre quiere regresar a Chile; dice que su madre no puede vivir con la renta que tiene:

«No es menos admirable, escribe, la clarividencia de Portales, cuando, en la misma carta que analizamos, formula sus opiniones sobre la forma de gobierno que, en su concepto, debiera adoptarse en la América española.

«Decir que la democracia es un absurdo en estos países parece hoy una trivialidad. En cien años de infructuosos ensayos, dicha forma de gobierno no ha logrado cinco minutos de éxito práctico en ninguna de estas Repúblicas. Quedan, sin embargo, todavía duras cabezas de ideólogos, blindadas de fórmulas, impenetrables a las más claras lecciones de experiencia, que continúan pregonando el sistema democrático como la panacea de todos nuestros males. ¿Qué sería en 1822, cuando los hechos no habían dado aún su fallo? ¿Qué sería cuando tronaba el cañón por la independencia en contra de los defensores, todavía poderosos, de la monarquía española?

«Aún más trivial parece hoy decir que la monarquía no es el ideal hispanoamericano. También a este respecto estamos iluminados por la experiencia. Las diversas tentativas monárquicas de que han sido teatro estos países, han fracasado sin excepción alguna. Puede alguien pensar que ha sido una desgracia, pero nadie negará que es una desgracia irreparable. Un hombre práctico no lucha contra un imposible. Tan difícil es crear una monarquía sin rey como una república sin pueblo. En América no teníamos ni lo uno ni lo otro. Portales lo vió en 1822, cuando no lo supieron ver ni los más prestigiosos próceres de la independencia. En los mismos días en que él escribía la carta que ya conocen nuestros lectores, San Martín en el Perú, O'Higgins en Chile y Bolívar en la Gran Colombia, se esforzaban los dos primeros en fundar la monarquía en las antiguas colonias, y el tercero en establecer un régimen de presidencia vitalicia análogo al principado electivo que llevó el